

LOS POPULISMOS TIENEN SOLUCIÓN

“Hay minutos en nuestras vidas precipitadas y dispersas, en los que deseáramos recogerlos, volver de alguna manera a la fuente, para ver desde allí adónde vamos y adónde deberíamos ir, y rectificar de este modo nuestro curso”.

Estas lúcidas palabras del escritor y político francés **Maurice Barrès**, me vienen a la memoria al afrontar el tema de los atrevidos populismos que requieren con urgencia un acertado remedio si no queremos sufrir algún trauma social y moral del que tengamos que lamentarnos más tarde. Buen tema este para nuestros diálogos domingueros a la hora de tomar el café.

El economista **Andrés Miguel Rondón** escribió en la sección *Tribuna* del semanario *Alfa y Omega*, del día 1 de febrero de 2018, un interesante artículo titulado “*Populismos, borracheras y Babel*”.

Pretende el autor hacernos caer en la cuenta que la solución frente a la amenaza del populismo no llegará de la política sino precisamente de su abstinencia. El reto es vernos en el espejo del otro. Reconocer que toda caricatura es ficción. Que nuestra identidad individual va mucho más allá de nuestra postura política.

Para profundizar en la reflexión de Andrés Miguel recojo algunos párrafos de su trabajo.

1 – Naturaleza del populismo

El populismo es un estado intermedio de ebriedad política, cuyo desenlace final (la borrachera desmandada) no es otra cosa que la revolución, el desplome del contrato social y la guerra civil. Exagerado, quizás, pero cierto. El licor –la visión maniquea de un sueño utópico, al cual se llega solo tras la destrucción de un enemigo satanizado– es el mismo. Lo que varía es la dosis. Indignados y castas, catalanistas e independentistas, pobres y oligarcas, blancos norteamericanos e inmigrantes ilegales, bolcheviques y burzhuis; sea de izquierda o de derechas, el populismo es un cóctel que se hace con las dos partes de una sociedad cortada, como un limón, por la mitad. Su potencia viene precisamente del contraste y la confrontación.

2 – Los sueños de los seguidores populistas

Los seguidores populistas, como los antiguos pensadores totalitarios, creen en el éxito inminente de un sueño. La llegada del comunismo o el regreso de los héroes. El triunfo de la revolución. El futuro de una sociedad sin maldades ni desigualdad. Y en esa creencia construyen torres de Babel, convencidos progresivamente de que sus problemas son producto de la maldad de otro, y que por tanto la solución es sencilla: acabar con él. Así llegarán al cielo. Y esta narrativa, que parece tonta e incoherente, cala precisamente por lo humana que es. Promete hacer de la política la épica que todos buscamos: dibujando villanos, nos hace héroes. Da esperanza a los desesperanzados ofreciendo, en sus mentiras, más de lo que la vida misma puede dar: la felicidad plena. Luego viene la resaca. Pero hasta entonces la revolución sucede precisamente en su expectativa. La torre se construye hasta que se cae.

3 – Antídoto frente al populismo

Por tanto el principal antídoto ante tal amenaza no es el debate sino la sobriedad. La afronta principal del populismo no es a la derecha o a la izquierda, o a las fronteras abiertas o cerradas, sino a la visión más sencilla de lo humano. Su materia prima, su mayor y más peligrosa mentira, es hacernos creer que tal o cual grupo de gente, en una masa unida, es nuestro enemigo. Mentira no porque no haya malos entre ellos, sino porque todos, en alguna medida, lo somos también. Ante los ojos de los demás todos somos culpables. De tantas faltas y pecados que no hace falta contar. En eso todos somos iguales: buenos, malos, capaces de la belleza y la atrocidad. Humanos en toda su complejidad y extrañeza, merecedores del mismo perdón que debemos. Igual de susceptibles de creer en utopías, sufrir sueños imposibles y embriagarnos por falta de esperanza.

4 – Llamada a la reconciliación

La cuestión no es, entonces, denunciar a tal o cual grupo populista y aglutinar a sus seguidores en el inverso de otra caricatura. No es discutir si la Unión Europea es viable, o si Cataluña es parte del legado de España. Ni hacer pancartas ni inventar canciones. Eso sería caer en la misma trampa. La respuesta es sentarnos con los seguidores de esos movimientos que tanto nos alarman, y hablar de otras cosas. Darnos cuenta de que tampoco somos tan distintos. Apreciar que las soluciones del país o el continente nos afectan a ambos, como también sus problemas. Es demostrar, a ellos y a nosotros mismos, que no somos enemigos. Que tal enemistad es efecto de la tinta panfletaria y la saliva demagoga.

5 – Conclusión: o caen los populismos o triunfará el caos

La reconciliación que tanto hace falta (en mi Venezuela, dentro de España, en los propios Estados Unidos) por tanto sucederá, si llega, no en la política sino precisamente en su abstinencia. En el resto de cosas que nos ofrece la vida fuera de la plaza pública. De no lograrla el resultado es conocido. Un país en ruinas. La jaqueca que no se quita sino con tiempo y pan duro. La torre que se derrumba y salpica un pueblo en mil lenguas y pedazos.

A la vista de este panorama, tendremos que dar la razón a **PaulDoncoeur**, sacerdote jesuita francés, y uno de los pioneros del Movimiento Scout, cuando escribe:

“El desconcierto en que han caído los hombres se debe a que, por la noche, no se han dado cuenta todavía de por qué se levantaron ni por qué mañana volverán a comenzar”.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote

www.semillacristiana.com

Salamanca, 14 de marzo de 2018